

# CUBO Instantáneo

JOEL GRIJALVA

Egresado y maestro de la Licenciatura en Letras Hispánicas

*Cuando se acerca el fin,  
ya no quedan imágenes del recuerdo;  
sólo quedan palabras.*  
“El inmortal”, J.L. Borges

**L**. La línea matemática no existe, ni el plano, ni siquiera el cubo. Sin duración, los objetos no son reales. Nuestra imagen actual no es más que una proyección tridimensional de nuestra existencia en cuatro dimensiones. Si el tiempo no es más que espacio, debe existir alguna manera de movernos libremente por él, avanzar o retroceder a nuestro antojo. El Viajero del Tiempo cree con entusiasmo que podemos escapar del presente. Ofrece como prueba el desplazamiento de nuestra existencia mental desde el nacimiento hasta la tumba. Ante la objeción del psicólogo: “no puedes moverte de aquí para allá en el tiempo”, el viajero esgrime la memoria. Recordar vívidamente es regresar.

Si H.G. Wells tiene razón, así sea razón literaria, la vida como sucesión de momentos no es más que una ilusión. Los instantes no se acomodan unos detrás de otros, son fragmentos simultáneos de un todo que la conciencia nos obliga a ver como recorrido.

Así, mi primera caída de la bicicleta y mi primer Hulk de plástico; los abrazos de mi madre, los de mi padre; la sonrisa de mi hermana y los épicos pleitos a chocomilkazos; escapar de casa y volver –una y otra vez–; la novela que terminé de leer y el artículo que escribí; los gritos, las hamburguesas, el llanto y las quesadillas; todas las películas y los poemas; las clases recibidas y las impartidas; coger y escuchar música; los viajes y los primeros días de clase; la depresión y el orgasmo; la felicidad y la posibilidad de la muerte; no ocurren, son. Ayer, ahora y mañana, por primera vez, he caminado a casa de mi abuela otra vez solo; mi nacimiento será exitoso gracias a mi hijo, que nacerá dentro de diez años. Soy un niño y un viejo, un adulto que toma decisiones estúpidas y un adolescente feliz porque ella sonríe. Soy un esposo imbécil, un novio enamorado, un solitario y un adicto a la compañía. Soy un resentido alumno de primaria y un flojo secundario con suerte y un borracho de preparatoria y un *nerd* en la maestría. Y un dichoso estudiante de Letras.

**II** • A mucha gente le resulta natural que un joven se matricule en Administración o Derecho, nunca hay azoro cuando alguien anuncia que será ingeniero. Pero decir que uno será filósofo o letrado tiene como consecuencia una inusual elevación de cejas por parte de quien escucha. Y, peor aún, no falta quién necesite aclaraciones, el espíritu del detective se apodera del público: qué profundo trauma motivará a este extravagante, qué defecto congénito lo ha catapultado a las filas de los desocupados.

Mi primer recuerdo como estudiante de Letras Hispánicas es el momento en que decidí que entraría a la carrera porque sí y nada más. Seguramente no fue una conclusión a la que llegué antes de inscribirme, quizá ni siquiera durante el transcurso de la licenciatura. Lo más probable es que haya elegido esa razón unos años después de graduarme. Pero esto no la invalida como la verdadera. Así que por eso entré, nomás porque sí. Letras me parece –y aquí el tiempo presente es duratísimo– la disciplina natural, excéntricos me resultan quienes dedican su vida a la eficacia y la eficiencia, quienes hacen de las leyes –medios de convivencia– el centro de su vida, quienes se apasionan por hacer edificios cada vez más altos, más grises y más inútiles. La administración de empresas es un vacío decorado de necedades que se ha apoderado del mundo, los abogados se olvidaron de leer y escribir y pronto olvidarán pensar, los ingenieros entienden a los individuos como piezas de mármol y las relaciones humanas como un efectivo pegazulejos. ¿Y nadie les pregunta por qué se les ocurrió estudiar eso?

**III** • Supuse en algún momento que las artes y la literatura salvarían al mundo. Sé que no es así, pero me gusta seguir suponiéndolo. Las guerras no terminan gracias a los poetas, la violencia no disminuye porque pintemos o hagamos música. Quienes estudiamos novelas y cuentos, esculturas y películas, no hemos abatido el hambre en Senegal. Pero supongamos que sí. Mientras leía *El Cid* o aprendía a no odiar a Feijoo, cuando en la clase de Literatura Española degustamos el indigesto siglo XVIII o cuando por fin comprendí a qué se refería la equipolencia en fonética, casi no contribuí a la destrucción del planeta. La terrible muerte del Comendador a manos de los habitantes de Fuente Ovejuna me pareció divertidísima y de alguna manera, junto al Quijote, contribuyó para que no saliera a las calles a desfacer entuertos por mi propia mano, o peor todavía, a hacerlos.

Pero la literatura no es eso –o no solamente y, por supuesto, no principalmente–, no es un medio, no está ahí para mostrarnos el camino, ni para servir como espejo. Leer literatura no es una forma de llegar a algo, es una meta. Eso me quedó claro cuando, de madrugada en algún semestre de cuyo número no quiero acordarme, sufría por terminar un ensayo. Apenas había terminado de leer el texto que analizaría –imaginemos, inventemos o recordemos que era

*Pedro Páramo* o *Las batallas en el desierto*, quizá *Viaje a la semilla* o *Rayuela*, aunque seguramente fue “El inmortal”— y maldecía al universo, ¿qué hacía yo a las cinco de la mañana obsesionado con las peculiaridades de un narrador ficticio?, ¿qué ganaba con eso? La respuesta —que probablemente surgió en ese momento, o cuando la niña del kínder me besó, o cuando compré mi primer CD, o dentro de seis años, cuando lea esto y quiera quemar todos los ejemplares— resuelve, quizá para mí solamente, cualquier duda sobre la profesión de letrado: hago por obligación lo que de todos modos haría por gusto, después de eso, nada para mí es obligatorio.

**IV.** ¿Recuerdas? Debo hacer memoria, dicen. Recuerdo la primera clase a la que asistí. Llegué un semestre después y el grupo ya era tal, veían una película en un salón oscuro y nadie volteó a verme. Recuerdo la primera clase en la que participé. Una compañera hablaba de los demostrativos y se dirigía al cataclismo, todo lo confundió. Y recuerdo que podía ir en bermudas a clase, llegar en bicicleta hasta el salón, simular con ella que éramos un par de piedras para ocultarnos del profesor de Latín. También que todos veían MTV. Y el explosivo idilio entre la chica que dio una clase de cómo se utilizaba el condón y la señora que apeló a los santos y a los profesores para que condenaran a la impía al infierno, mientras la chica, plátano y látex en mano, sólo sonreía. Supongo que tengo que recordar a Barthes y a Eco, a Fuentes, a Paz, a Villaurrutia, y a Borges, y a Piglia, y a Quevedo. Pero prefiero llamar a la conciencia al Coloquio Cervantino y a los maestros que bailaban en la *Dama de las Camelias*. Elijo las lecturas fuera del salón, los viajes a Real de Catorce y Guanajuato, juntarnos en el cubículo de Sol a cazar la cafetera del protector de pantalla, o ir al de Jorge Ávila a rescatar nuestros trabajos entre libros y más trabajos. Y quiero recordarla a ella, el más grande amor de mi vida.

Sin duración nada existe, sin memoria no sería un hombre sino un cubo instantáneo.











